Por las rendijas de la carcomida puerta, deslizábanse hilillos de luz lívida, que se desvanecían en la semiobscuridad del cuarto. Sobre la mesa agonizaba la vela, dejando caer á lo largo de la botella chorros de parafina líquida.

Amanecía.

VI

Tornaba doña Manuela de la tienda de la esquina, con los vivarachos ojuelos fijos en tierra, cuando, al entrar en el patio, divisó á Estéfana que, encorvada, con la mugrienta cesta al brazo, descendía de la escalera con paso mesurado, cual si honda preocupación y fatiga la conmoviesen. Detúvose, y sonriente, mostrando las negras encías desdentadas, esperó la llegada de la doméstica.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿por qué tan tristona? Si tiene usté cara de inquina, hija...

La cocinera, habituada á las dulces reconvenciones de su excelente amiga, alzó hacia ella los ojos hundidos, murmurando:

—Para jolgorios está una con estas perrerías que le suceden, doña Manuela.

La vieja hizo un gesto de fingido azoro. ¡Por María Santísima de los Remedios! ¿Pasaría algo allá arriba que ella ignorase? No; estaba cierta de que no. Mas, por si acaso, dispúsose á escudriñar el alma sencillota y buenaza de su interlocutora.

—¿Pero qué le puede suceder á usté, mi buena amiga? Si no cambiaría su vida por otra de ricos. En aquella santa casa todo es paz.

—¡Así se le figura á usté!

No, no; Estéfana se equivocaba. Creía de buena fe que la felicidad reinante en casa de la familia Fernández, no podía trocarse por la mejor entre las mejores. Y si no, allí estaba ella, pasándola como Dios se lo daba á entender: por la mañana, su taza de café con un bizcocho; á mediodía, la sopa de fideos y el cocido, hechos

así, á la ligera; por la noche, su chocolate confeccionado con migas por los puercos tenderos... ¿A eso se atrevía alguien á llamarlo suculento? Y luego, haciendo un gesto de humildad, con semblante sumiso, prosiguió en sus amargas quejas.

Sufría mucho, muchísimo. Que no lo dudase Estéfana. No eran bastantes sus fatigas para ganarse el cotidiano pan, pagar el cuartucho en que moraba y arrojar á los pies de *Matasiete* un puñado de maíz: se la insultaba y se la malquería. ¿Por qué? Algunas gentes que andaban en negocios nada limpios por la calle, permitíanse llamarla chismosa. ¡Chismosa, sí señora! Como si tal dictado merecieran los que se ocupan de la vida ajena para moralizarla, prodigan cariño en los momentos dolorosos, y contribuyen con el propio regocijo cuando de celebrar faustos se trata. El día antes nada menos... ¿No se lo había dicho?... Pues el día antes charlaba amenamente con doña Silveria, cuando la Clara ó la Ruiz, como había dado en llamársela por razón de sus pretensiones teatrales, salió furibunda á la puerta de la vivienda gritando: «Oye tú; madre, te he repetido una y mil veces que no quiero habladurías... Anda, entra, entra...» ¡La jactanciosa! ¡Como si fuera una princesa! ¡Ella, que permanecía horas enteras con unas chanclas que daba miedo verlas!

—Por la santa memoria de mi madre, que en el cielo esté—interrumpió Estéfana haciendo visajes—, yo creo también que esa señora es una *jaitanciosa*. Media docena de veces ha ido á la casa. La niña no la traga. El sinvergüenza de don Alberto no se despega de sus faldas en cuanto la ve... Y Magdalenita está que se las pela por ella... Y yo digo: la tal Clarita nos va á traer desgracia; no hallo nada bueno en su cara pintada... Pero, ¡qué quiere usté! La señora, que no sale de la Santa Veracruz y de la compañía del padre Morales, cierra los ojos y poco le importa lo que pase...

—¡Lástima, lástima, Estéfana!... Pero, dígame, ¿son esas las perrerías de que habló al principio?

Humilló la maritornes la cabeza entrecana. Había en su actitud mucho de la bestia entristecida por las

penalidades del amo. Sacó el pañuelo, sonóse con estruendo, y frotándose las manos en el sucio delantal, dió un suspiro de aquellos que llamaba *jondos*, quizás por su intensidad ó lo profundo del dolor que tradecían.

—No, no es eso nada más... ¡Ojalá! Si todo no pasara de allí, me conformaría...

La vecina del descansillo dióle suaves palmaditas en el hombro, suspirando también.

—¿Pues qué pasa? Mire que estoy con el alma en un hilo...

Estéfana contentóse con murmurar:

—La pobrecita niña...

¡Jesús! ¿A la linda muchacha se refería? A ver, que desembuchara. De mil amores habría de escucharla. ¡Y... quién sabe, quién sabe si ella misma la sacase de apreturas!... Y en voz baja, que aun más débil hacía el atronar del caserón, la cocinera, dejando el cesto en el suelo y poniéndose en jarras, contó lo sucedido.

—¡Ay, doña Manuela de mi alma! Antoñita está malucha. Ha llorado. Amaneció con unas ojeras y una color...

Con plañidero acento prosiguió. En su atezado rostro pintábase á veces sincera lástima. La niña sufría; la niña derramaba lágrimas. No eran bastantes sus faenas rudísimas para dar el bocado á los holgazanes que la asediaban. Sus penas no se reducían á la labor diaria, á la labor odiosa que la agostaba: era menester que albergase en un rinconcito del alma ajenas angustias. Y la criada chillaba con su voz ronca de fuelle viejo. ¡Oh! los hombres... ¿Para qué la niña se enamoró de un descamisado que no tenía sobre qué caerse muerto?... Le quiso con el alma... Y todo, ¿con qué objeto?... Ahora se marcharía él, dejándola triste y llorosa, sin tranquilidad ni risa en los labios para acometer la dura tarea á que su buen natural y su mala suerte la impelían.

—Los hombres, los hombres...—gruñó la ropavejera—. Cuando en ellos pienso, se me erizan los pelos... Si usted hubiera conocido al mío... Sólo nosotras, las que hemos llevado á cuestas la carga de un enviciado ó pobrete, sabemos lo que valen.

La cinta de sombra que cubría el rincón del patio, donde charlaban, borrábase poco á poco. El sol, asomando su disco rojo por encima del muro, envolvía en cariciosa luz los tiestos que verdeaban ya; la húmeda tierra, de la que se destacaban hojas secas y basuras; la parlera fuente, que allá en medio se erguía con su brocal centenario, desgastado por los cántaros y cubas de tres generaciones. Bajo el techo metálico, dobladas ante los lavaderos, tres muchachas mofletudas, de trigueña tez, de senos blanduchos, con las blusas de percal hechas jirones, lavaban la ropa sucia de los bebés, que exhalaba emanaciones pestilentes. La portera, deseosa de saber lo que las viejas tramaban, paseaba, arrastrando sus zapatos rotos de aquí para allá, escoba en mano.

—¡No lo decía yo!—exclamó doña Manuela, guiñando los ojos—. Usted se halla en ayunas, querida Estéfana... No sabe que la señorita recibirá un gustazo... ¡Vaya, que no se lo cuento!

La cocinera, que, compungida, iba á marcharse, miró fijamente á la otra. Imploraba con los ojos; su cuerpo enteco, estremecido de gozo y curiosidad, reclamaba con ansia el lenitivo de la tristeza de Antoñita.

—Bueno, allá va... Don Eugenio no tomará las de Villadiego, sino que permanecerá aquí, en su cuartito, hasta que Dios lo mande... ¡Ha conseguido empleo!

Presurosa, sin esperar mayores explicaciones, Estéfana corrió. Los peldaños de la angosta escalera resonaban, y gimoteó la puerta al sentirse empujada por la vieja, que no paró hasta entrar en casa, sudosa, sin aliento casi. Detúvose ante la puerta entornada de la sala. Por el espacio abierto, percibíase el manso rodar de la máquina, entrecortado á veces por ruido de tijeras ó de telas que se rompían. ¿Se lo diría, así, de pronto? ¿Su naturaleza delicada no sufriría una fuerte conmoción, al pasar de la pena al regocijo? Sus entendederas, de por sí escasas, nada pudieron aconsejarla en tan grave aprieto; y guiada tan sólo por el instinto, Estéfana entró cual una tromba.

Paróse la máquina. Un presentimiento auguraba á

Antoñita que algo nuevo y hermoso escucharía. Volvió el rostro tenuemente lívido, y fijando apenas en la criada sus ojos circuídos por ojeras de insomnio, le preguntó:

—¿Qué hay, Estéfana?

—¡Ay, niña de mi alma, que no sé cómo responder!... Las palabras se me atragantan... ¡Ay, niñita! Alma mía, vida mía...

La moza se puso en pie, interrogándola. Lena, que leía tendida en la alfombra, junto á la ventana, un novelón por entregas, prestó atención. Rascóse la vieja la entrecana testa; hurgó sus narices no muy limpias, y contemplando á su ama con pupilas chispeantes, animadas por expresivo fulgor, repuso, ahogada por la emoción:

—¡Pues nada! Que don Eugenio no se va...

Antoñita retrocedió con la cara arrebolada. Hundió sus dedos febriles en la cabellera de oro, y luego, abrazando á Estéfana, apenas si logró murmurar una frase, con las pupilas abrillantadas por las lágrimas.

El sol retozaba sobre la alfombra. Lo había conquistado todo: los *bibelots,* la lamparilla azul, que refulgía con la sonrisa de su globo de limpio cristal. Bocanadas de aire tibio, vivificante, venían del exterior. Las matas de los tiestos, antaño amarillentas, se ofrecían con balanceo imperceptible á la luz.

—No llores, niña... No llores... ¿Por qué llorar cuando una está alegre?

—Pero hermanita, ¿qué es eso de gimotear como un bebé?

Ella levantó el rostro del seno enflaquecido donde lo posara. Sonreía dulcemente, con los párpados húmedos.

—Es que no sólo se llora en los momentos de pena...

—¡Anda! ¡Qué lágrimas, ni qué tres cominos! La nueva te hizo gracia, ¿verdad?—exclamaba Lena, saltando tan alto como sus ágiles pantorrillas se lo permitían.

—¡Demontre de muchacha! Si no puede estarse quieta...

Era la buena Estéfana, que, una vez más, prodigaba acres censuras á las cabriolas de la pequeña. Y hubiese proseguido en su filípica, si Antoñita, mimándola de hecho y palabra, no pusiera su mano cariñosa sobre los labios de la criada.

—Que no haya regaños ni peleas en esta casa. Hoy es día feliz. Alegrémonos, alegrémonos...

¡Alegrémonos! ¡Como si toda la familia estuviese para alegrías sanas! Allí veía metida en la Santa Veracruz á doña Pepa, adorando santos más de la cuenta. ¿Y don Albertito? ¿Cuántas noches hacía que no asomaba las narices por aquellos andurriales?

—Pero ¿qué más?—dijo Antoñita reprimiendo secreta amargura—; ¿qué más quieres que nosotras tres? Con tres, basta y sobra para el placer.

Callaron. En tanto que la vieja observaba confundida la falda que su predilecta confeccionaba, prodigio de gracia y arte costureril, y la morenita de caderas prematuramente desarrolladas volvía á sus entregas apiladas en el suelo, Antoñita extasiábase ante el jirón de cielo azul que se columbraba más allá de las matas rejuvenecidas por el hálito de la primavera. Sonoras, argentinas, dejáronse oir las campanas de San Juan de Dios: el infantil repiqueteo de las esquilas confundíase con el bronco son de la campana mayor. Llegaba hasta la salita cual turba de pájaros alegres, agitando el aire, estremeciendo el ambiente, hasta entonces hundido en una especie de vaga somnolencia.

Mientras Antoñita prestaba oído atento á los repiques, Estéfana saltó, demudada, temblorosa.

—¡Las doce! ¡Las doce!—dijo plantándose delante de la puerta.

—Pero mujer, ¿qué sucede?

—¡Poquita cosa! Que en la cocina no está el cocido puesto, y que no fuí al mercado.

Y se alejó, con el pisotear embravecido de sus chanclos, gruñendo pestes en contra de los hombres, que eran culpables, en concepto suyo, aun de las omisiones de las sacerdotisas del fogón.

Antoñita recorrió el cuarto, canturreando. Su alma, poco antes amargada y nebulosa, gozaba ahora de una placidez sedante. Por capricho acercóse al espejo que su hermana dejara sobre la mesa momentos antes. En su rostro dibujábase clara alegría, que se dilataba desde los labios delgados hasta los azules ojos. Las diminutas orejas no perdían el rojo tinte de la emoción, y los rebeldes rizos revolucionaban sobre la frente, como poseídos también de grato júbilo.

Hubo de contemplarse breves instantes, y al fin, haciendo una mueca graciosa, dijo en voz alta:

—Ya... ¡Hasta yo me he vuelto presumida!

Después, percatándose de que su hermana no tenía interés mayor de gastar conversación, por motivo de hallarse en tal instante á mil leguas de la realidad, entregada en cuerpo y ánima á los intrincados lances del esperpento literario, dirigióse como de costumbre al ventanuco, y allí dejó corretear la mirada por los amplios horizontes.

—¡Ay, chiquilla!—murmuró—. ¡Qué feliz soy! Hace días me gustaba serlo á solas, escondiendo mi cariño á los ojos de ti y de mamá: hoy gozo de que todas lo conozcan, y sepan mis alegrías y mis penas... Pero ¿no me haces caso?

—Espérate... Estoy en un enredo... El conde quiere matar á la condesa; viene Ketty, la doncella, y el mayordomo del castillo, y...

—Déjate de nobles... Platiquemos.

—Un momento... ¡Ah! la mató... ¡Qué canalla y qué grandísimo sinvergüenza!

Y Lena dobló la página, yendo á unirse con Antoñita, que entonces prestaba atención á una banda de pajarillos que recorrían las azoteas.

—Te decía, lectora de mis pecados, que estoy muy contenta...

Se deshizo en proyectos para el porvenir, que hogaño se ofrecía risueño. Linares era honrado; sería trabajador, serio, amoroso. Después del noviazgo, se casarían. ¿Qué cosa más natural? Pero que la picarona Lena no fuese á contarlo. Eso decíalo ella en reserva, á la calladita. Y viendo que la moza oía embobada tamañas fan-

tasías de idilio casero, le preguntó, cual si diese salida á una idea de días atrás acariciada:

—Y tú, muchacha traviesa, ¿por qué no tienes un amorcito? Mira: ¡hay tantos jóvenes pobres, de nuestra clase y condición, que pudieran convenirte!...

La chica removió la tierra de uno de los tiestos, pensativa. Después, sonriendo con malicia, con aquella malicia innata en ella, contestó, dejando á Antoñita estupefacta. ¡Dios santo! ¿Casarse con un hombrecillo cualquiera? ¡Ni loca que estuviese! ¿Ya la veía su hermana tan corta de años como de caletre? Pues así y todo, no le pasó jamás por la imaginación irse á vegetar en un tabuco de barrio, con un galán pobre por marido. De pretendientes risibles estaba hasta la coronilla. El señor Conti, ¿no lo sabía Antoñita?, el señor Conti, antes de meterse en líos con la jamona de Eloísa, habíale echado el anzuelo sin resultados. Y cierto caballero que vestía eternamente un trajecillo azul, así, como Linares, rondó durante semanas la casa, soñando con hacerla su novia, pensando quizás que ella carecía de ambiciones, y aspiraba tan sólo á la estúpida miseria conyugal.

Suspensa quedó Antoñita al escuchar tales razonamientos, hasta entonces no oídos de labios de Lena. ¿Qué lenta, qué misteriosa transformación se había efectuado en ella? En el espíritu de Antoñita, no perturbado nunca, aunque temeroso por la educación de la hermana menor, formóse el proceso de ésta. Con la primera dicha, con la buena nueva de sus amoríos, vino la primera amargura, hasta aquel día no sentida. No hubo de notar antes un cambio radical en el modo de pensar de la chica; que ellos no se verifican de súbito, sino que vienen preparándose á través de las circunstancias y de los días.

Lena era la moza frívola, ligera de cascos, que siempre tenía los ojos abiertos para la felicidad, mas nunca para los sinsabores. Jamás se le ocurrió inquirir cuál era la base y sostén de su vida, de dónde salían los recursos necesarios para subsistir, ni cómo podían éstos aumentarse mediante el esfuerzo de otro individuo de la familia. Sabía que Antoñita cosía, que Antoñita se

marchitaba junto á la máquina; que doña Pepa se perecía por las festividades religiosas, andando de continuo entre incensarios y curas; que Alberto, no obstante ganar un mísero sueldo, derrochaba y vivía una vida de crápula, sin aportar un centavo al mantenimiento del hogar. Lo sabía todo, y todo parecíale lo más lógico del mundo. Alberto iba para médico con pasos de tortuga, pero al fin y á la postre, médico sería; doña Pepa se abrazaba al templo, madriguera de desengañadas y vencidas. Por lo tanto, nada tenía de asombroso que la primogénita trabajase, máxime cuando ella, Lena, era la de más corta edad y cortísimos alcances.

Dada por temperamento á la molicie, jamás se interesó en conocer el manejo de una aguja ó la materia de un libro. Libros y agujas eran para ella, en otro tiempo, cosas que no fijaban su atención, y ahora, mamotretos indignos de la mano blanca de una señorita que aspiraba á salir de ambiente tan mezquino. Pasaba las horas muertas sin hacer nada, recostada en el sofá, mirando el cielo bañado de sol, mientras que Antoñita no apartaba los ojos de la faena. En el tocador, ante el espejo iluminado por viva claridad, deteníase largos instantes, en ocasiones mañanas enteras, sumida en una adoración de su cara y de su cuerpo; atenta á las manchitas que pudieran deslucir el cutis; al color de los labios; á la expresión de los ojos. No era, como Clara Ruiz, negligente á ratos en el embellecimiento de la persona. Siempre le invadía el deseo de aparecer bonita, seductora, con la gracia sensual de su color moreno, de sus senos exúberos, de sus caderas redondas. Antoñita habíase dado cuenta, además, de que Lena, aunque amante del buen parecer, de la elegancia coqueta, desde que paseara sus botitas de niña por Plateros, de la mano de su madre, nunca tuvo, como hoy, grandes exigencias. Quería trajes en regular número y de no maleja calidad; reclamaba sombreros: no ya el *canotier* de cortas alitas y de angosto listón, sino la forma de moda, ora semejante á un jardín por la profusión de flores que le adornaban, ora á revuelta maleta de saltimbanquis, por la abundancia de colorines y cintajos.